

EL ORIGEN Y CARÁCTER DEL SACRIFICIO EN LA ESCRITURA

CORNELIS VAN DAM

Debido a que la legislación concerniente al sacrificio se halla principalmente en el libro de Levítico, enfocaremos nuestra materia especialmente dentro de ese contexto. Primero, veamos algunos rasgos, características, y temas principales de Levítico que especialmente impactan el tópico del sacrificio. Seguidamente, consideraremos algunos aspectos de la Ley del Antiguo Testamento que tienen algún efecto sobre las leyes sacrificiales. Y finalmente, consideraremos el sacrificio como tal.

Levítico El Lugar del Pueblo

El libro de Levítico consiste en gran parte de una compilación de leyes que involucran a los sacerdotes. Por lo tanto, no es sorprendente que Levítico a menudo ha sido caracterizado como un manual sacerdotal. Aunque esta caracterización es verdadera, no debe pasarse por alto que la mayoría de las leyes en Levítico se aplican a todo Israel. En realidad, solamente una parte relativamente pequeña de Levítico tiene que ver con los sacerdotes solamente (e.g., Lev. 21-22 contiene las leyes para la santidad sacerdotal). Con respecto al sacrificio, se debe notar que las leyes para el sacrificio son introducidas por la frase, “Habla al pueblo de Israel.” No solamente los sacerdotes tenían que conocerlas, sino también el pueblo. De este modo, leemos, por ejemplo, en Levítico 1:2, “Habla a los hijos de Israel, y diles: Cuando alguno de entre vosotros ofrezca ofrenda a Jehová, de ganado vacuno u ovejuno haréis vuestra ofrenda.” Y un poco después en Levítico 4:2, leemos, “Habla a los hijos de Israel y diles: cuando alguna persona pecare por yerro...” Así pues, es Israel quien es considerado. Otro ejemplo, leemos en otra parte en Levítico 1-5, “Si alguno...” Estas leyes debían ser notadas por todos. Eso es muy significativo porque Dios no quiere que su pueblo sea ignorante. El pueblo tenía que saber y, tenían el derecho de estar plenamente informados de lo que exactamente se esperaba de ellos como también de los sacerdotes en el servicio del Señor y su santuario. ¿No le afectaba este servicio profundamente a cada verdadero Israelita? ¿No eran ellos “un reino de sacerdotes, y gente santa” (Éx. 19:6)?

Para subrayar este rasgo de la participación total del pueblo en conocer las regulaciones sacerdotales, uno debe ser consciente del hecho de que esto era radicalmente diferente del secreto de la legislación sacerdotal hallada en las naciones circundantes. En ellas el sacerdocio tenía sus escritos secretos a los cuales únicamente los iniciados tenían acceso. Además, ellos usaban su conocimiento secreto para mirar dentro del animal sacrificado para ver lo que los dioses tenían que decir. Las artes adivinatorias de examinar el hígado con el fin de “leer” el mensaje de los dioses eran un secreto celosamente guardado y los sacerdotes no querían compartir su conocimiento con otros. Tal secreto no era el caso en Israel y, ciertamente, no con respecto al sacrificio. De esta manera, la descripción de Israel como un “reino de sacerdotes, y gente santa” es una descripción llena de mucho significado. Separa a Israel de las demás naciones de alrededor, y también con respecto al sacrificio.

La expresión “reino de sacerdotes” nos recuerda también cómo solían ser las cosas con respecto al sacrificio, a saber, que el jefe de cada familia solía sacrificar para Dios. Piense en Abraham, Isaac y Jacob; ellos se ocupaban del sacrificio ritual (Gén. 12:7-8; 13:18; etc.). Subsecuentemente, el primogénito era apartado como sacerdote en la familia. Uno puede pensar en Éxodo 13:2 donde el Señor dice, “Conságrame todo primogénito. Cualquiera que abre matriz entre los hijos de Israel, así como de los hombres como de los animales, mío es.” Ahora bien, si tienen en mente este lugar especial del primogénito, entonces quizás podamos empezar a entender las referencias a los sacerdotes antes de la institución del sacerdocio Levítico. En Éxodo 19:22 leemos, “Y también que se santifiquen los sacerdotes que se acercan a Jehová.” (Cf. Éx. 24:5, “Y envió jóvenes de los hijos de Israel, los cuales ofrecieron holocaustos y becerros como sacrificios de paz a Jehová”). Tal vez debemos considerar estas referencias a los sacerdotes en el contexto del primogénito actuando como sacerdote de la familia. Como ustedes saben, la tribu de Leví eventualmente asumió la posición del primogénito (Núm. 3:5-13; 8:5-26; cf. Éx. 32:29). Los sacerdotes eran nombrados por el Señor de entre los descendientes de Aarón de la tribu de Leví. Sin embargo, a pesar del sacerdocio oficial, el “sacrificio personal” persistió. Piensen en el lugar del padre en el sacrificio de la Pascua (Éx. 12; cf. Dt. 16) y el sacrificio de Manoa (Juec. 13:16; cf. Éx. 20:22-24; Jos. 8:31; Juec. 20:26; 21:4; 1 Sam. 13:9). Es significativo también que el que traía el sacrificio al tabernáculo y, posteriormente al templo, tenía una función crucial. En realidad, él tenía que degollar al animal (Lev. 1:5).

Considerando todo este contexto, puede que sea significativo que el primer deber de Leví de acuerdo a la bendición de Moisés (Dt. 33) no era el sacrificio, sino el medio de revelación llamado el Urim y Tumim. Moisés dijo: “A Leví dijo: Tu Tumim y Urim sean para tu varón piadoso, a quien probaste en Massah...” (33:8). Después Moisés describe la contribución positiva de Leví diciendo, “Ellos enseñarán tus juicios a Jacob, y tu ley a Israel; pondrán el incienso delante de ti, y el holocausto sobre tu altar.” El sacrificio se menciona a lo último. Eso es muy significativo. Si uno recuerda que el sacrificio está estrechamente relacionado a la adivinación en Antiguo Cercano Oriente, el Señor asegura absolutamente, por así decirlo, que el medio de revelación esté totalmente separado del sacrificio. El Urim y Tumim se mencionan primero y, el sacrificio hasta el mero final.

El tema de la Santidad

La caracterización de Israel como un “reino de sacerdotes, y gente santa” concuerda con el tema fundamental de Levítico donde se hallan las principales regulaciones sacrificiales. Este es el tema de la “santidad.” (Cf. Lev. 20:26, “Habéis, pues, de serme santos, porque yo Jehová soy santo, y os he apartado de los pueblos para que seáis míos”).

Levítico puede ser dividido en dos partes.¹ La primera parte (Lev. 1-16) tiene como tema de qué manera el pecador debe ser santo y así tener comunión con el Señor. La segunda parte (Lev. 17-27) describe cómo el creyente mantiene su santidad y comunión con el Señor. Ahora, si ustedes ven el libro de Levítico de esa manera, entonces verán que a pesar de que solamente los primeros siete capítulos tratan específicamente con el sacrificio, no obstante el sacrificio es un tema subyacente a través de todo el libro de Levítico. Las ofrendas se hallan en los capítulos 8-10, y después las regulaciones de

¹ Cf. para lo que sigue: W. Hendriksen, *Survey of the Bible* (4ª ed.; Grand Rapids: Baker, 1976), 216.

limpio e inmundo que involucran sacrificios (cap. 11-15). Por supuesto, en el centro de Levítico en el capítulo 16 se encuentra el día de la expiación con sus sacrificios.

Cómo el creyente preserva esta santidad es más elaborado en los capítulos 17-22 donde la santidad al comer, tomar y las relaciones sexuales son elaboradas y nuevamente los sacrificios tienen su lugar. En los capítulos 23-27, los festivales religiosos y finalmente las promesas y amenazas del pacto son mencionados. Así que el tema de la santidad está muy estrechamente relacionado al del sacrificio. Nuevamente, es significativo que Israel es conocido como un “reino de sacerdotes.”

La demanda para la santidad nos ayuda a entender por qué se esperaba de Israel que conociera tanto como fuera posible las tareas sacerdotales y los requisitos de Dios para el sacrificio. La tarea de los Levitas era, por lo tanto, enseñar a Israel la ley de Dios. El Señor no quería dejar a los así llamados “seglares” en la ignorancia con los “clérigos” enseñoreándose de ellos sin que nadie los vigile. Esta era la manera que existía en las otras naciones y llegó a ser así en Israel cuando la nación no obedeció al Señor, pero Dios no quiso esta situación para su pueblo. Para aquellos que estudian y los que están involucrados en el ministerio de la Palabra esto es un principio extremadamente importante de recordar. Este conocimiento es crucial para preservar al pueblo de Dios como un “reino de sacerdotes, y gente santa” (cf. 1 Pe. 1:15-16). Como ministros, por lo tanto, no tenemos que dar marcha atrás en la predicación de todo el consejo de Dios, incluyendo un libro como Levítico que a menudo es percibido (incorrectamente) como árido y polvoriento.

El libro de Levítico tiene algo que decirnos. Dentro del contexto del tema de la santidad de Levítico, notemos dos cosas. En primer lugar, Israel debía ser santo porque Dios habitaba en medio de ella. Especialmente en sus viajes en el desierto esto estaba mucho más acentuado por el hecho de que el tabernáculo estaba justo en medio del campamento. Dios estaba cerca y, por lo tanto, el ministerio de la reconciliación era necesario. Este ministerio era como un muralla aislante alrededor de la presencia del Señor, para que Israel no fuera destruido por el Santo; porque la santidad de Dios es imponente. ¡Piensen en el pecado de Nadab y Abiú (Lev. 10:1-7; cf. 24:10-23)! La ira de Dios en contra del pecado ha sido satisfecha en Cristo en quien todos los sacrificios han sido cumplidos. En Cristo nosotros también hemos sido hecho santos, de forma que como congregación y como creyentes individualmente, incluso somos llamados el lugar y templo de la habitación de Dios (1 Cor. 3:16; 2 Cor. 6:16). La demanda para la santidad está por lo tanto con nosotros el día de hoy en toda su seriedad.

En segundo lugar, Israel tenía que ser santo en contra de la iniquidad de Canaán y, así ser protegido de esta profanación. Es bueno recordar que la instrucción de Levítico fue dada en el Monte Sinaí y era la intención de Dios llevar a Israel muy pronto a la tierra prometida. Ellos necesitaban esa instrucción en la tierra prometida a fin de retener su santidad.

Es claro para nosotros que vivimos en el siglo XX que no podemos simplemente asumir las leyes de Levítico. Sin embargo, los principios de Levítico se mantienen y eso es lo que lo hace un libro tan importante y emocionante. Les recuerdo nuestra común confesión en la Confesión Belga, Artículo 25, que lee,

“Creemos, que las ceremonias y figuras de la Ley han terminado con la venida de Cristo, y que todas las sombras han llegado a su fin; de tal modo, que el uso de las mismas debe ser abolido entre los cristianos; no obstante, nos queda la verdad y la sustancia de ellas en Cristo Jesús, en quien tienen su cumplimiento. Entretanto, usamos aún sus testimonios, tomados de la Ley y los profetas, para confirmarnos en el Evangelio, y también para regular nuestra vida en toda honestidad, para honor de Dios, según su voluntad.”

Por supuesto, Romanos 15:4 nos viene a la mente: “Porque las cosas que se escribieron antes, para nuestra alabanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza.”

El libro de Levítico, al describirle a Israel de qué manera su santidad debía ser obtenida y mantenida, es fundacional para entender el Antiguo Testamento. El antiguo pacto no puede ser entendido sin una apreciación de los sacrificios y las demandas del pacto que sostienen toda la vida de Israel. Solamente si el Antiguo Testamento y los principios que se detallan en Levítico son entendidos, entonces puede existir una apreciación plena del Nuevo Testamento y la obra de Dios en Cristo y su cumplimiento de la ley. Solamente entonces podemos también entender correctamente las demandas de Dios para nuestra santidad que incluye nuestra vida delante de Dios en la sociedad, asuntos económicos y nuestra adoración de él.

Algunas Características Generales de la Ley del Antiguo Testamento

La primera característica es el carácter explícito de la ley del Antiguo Testamento. Muy poco quedó sin decir. Algunas veces surge el pensamiento: ¿No pudo el Señor haber dejado algo que dependiera de su pueblo? Todo está estipulado. Pero hay una razón para ello. Dios está disciplinando a Israel para que aprenda a hacer exactamente como le fue dicho. Perfección es lo que Dios demandaba y nada menos se haría. La manera de Israel de acercarse a Dios, la manera de Israel de traer sacrificios, la clase de sacrificios, todo está precisamente delineado. De esta manera, Israel era protegido de la ira de Dios y se le recordaba que Dios no es hombre. El es santo. No hay lugar para la religión hecha por el hombre. Dios dice en su Palabra: de esta manera, y no de otra. Estas leyes son leyes del pacto y como un pueblo del pacto Israel tenía obligaciones muy específicas hacia Dios. Pero Israel no podía guardar la voluntad de Dios perfectamente. Por esa razón, el Día de Expiación era necesario. Actualmente hemos sido liberados de todo tipo de regulaciones, de regla tras regla, de ley tras ley. Pero, nuestras responsabilidades del pacto son muchas más pesadas. Debemos ser santos para aquel que como nuestro único sumo sacerdote se ofreció a sí mismo por nuestros pecados.

La segunda caracterización general es que la ley es una unidad. A menudo la ley es dividida en ley moral (e.g., los Diez Mandamientos), la ley civil (la legislación del Antiguo Testamento para la sociedad), y en tercer lugar, la ley ceremonial (las leyes sacrificiales y rituales). Sin embargo, no hay ninguna indicación específica en ninguna parte del Antiguo Testamento en que se encuentre esta división. La ley es una unidad y, por lo tanto, podemos hallar las así llamadas leyes morales y civiles una al lado de la otra (e.g., Lev. 19:18-19; 20:7-9). Esto no quiere decir que distinciones como éstas no puedan ser de utilidad, pero debemos ser muy cuidadosos de no dividir la ley donde la Escritura nos presenta una unidad. De este modo, decir que la ley moral es aún aplicable, pero que

la ley civil y la ley ceremonial no, realmente no es correcto. En todas las leyes hay tanto un elemento temporal (incluso en los Diez Mandamientos: ¡ver el cuarto mandamiento en relación al séptimo día!) y la perdurable demanda de Dios (cf. Art. 25 de la Confesión Belga: “nos queda la verdad y la sustancia de ellas en Cristo Jesús”). Y por lo tanto, tenemos que aceptar todo el Antiguo Testamento como la revelación de Dios para nosotros, incluyendo las leyes sacrificiales. Solamente tenemos que distinguir entre el elemento temporal y la demanda duradera. El Antiguo Testamento tiene que leerse a la luz del Nuevo Testamento y la nueva situación desde la venida de Cristo. Para mencionar un simple ejemplo: en el Antiguo Testamento, el Señor le dijo a su pueblo que en el tiempo de la cosecha dejaran algo en las esquinas de los campos para los pobres. Que ellos lo recojan. El mismo principio se aplicaba a la viña (Lev. 19:9-10). Pero eso no significa que hoy día tengamos que saltarnos las esquinas de los campos o que sea incorrecto tener cosechadoras eficientes; simplemente significa que nosotros también tenemos que tener una preocupación social hacia los pobres y buscar proveerles de sus necesidades. Ese principio permanece a pesar de que las circunstancias externas sean totalmente diferentes.

Una última caracterización general es que la ley de Israel se nos reveló para que nosotros podamos ver y entender mejor al Salvador y su obra de liberación. Porque Cristo es el cumplimiento y el fin de la ley (Rom. 10:4). Lo que Israel y nosotros no podemos hacer, él lo hizo, obedeciendo la ley perfectamente. Cristo fue representado “por los sacrificios y las demás ceremonias de la Ley” (Cat. de Heid. Domingo 6). Poniéndolo de manera diferente: la ley de Dios y, el así llamado manual sobre la ley (a saber, Levítico), nos enseñan cómo el pecado fue contrarrestado por el Señor, por medio de sus ordenanzas. En esta lucha en contra del pecado, Levítico predica a Cristo. El es *el* medio de reconciliación y *la* solución para el pecado. En el fondo, ese es el significado perdurable de Levítico. Es el libro de santidad y santificación, y de entregarse uno mismo al Señor en sacrificio, el cual, señala a Cristo Jesús.

El Sacrificio

Es muy difícil para nosotros imaginarnos cómo los sacrificios dominaban y coloreaban la vida del pueblo de Dios. Especialmente si alguien vivía en Jerusalén tuvo que haber sido confrontado con la realidad de los sacrificios de una manera muy vívida. Piensen en el humo y el olor que persistía en la ciudad dondequiera que los sacrificios eran ofrecidos. Cada mañana y cada tarde un cordero tenía que ser quemado fuera del Templo (Éx. 29:39-39). Piensen en el olor de la sangre que era derramada diariamente sobre el altar. El hecho de que el altar del holocausto tenía que estar prendido día y noche (Lev. 6:8-13) tiene que haber hecho del aroma fresco de la carne y madera quemándose simplemente parte del medio ambiente. Además de los sacrificio diarios de un cordero, habían las ofrendas del pecado y de culpa, como también otros sacrificios que implicaban quemar: sacrificios para cumplir votos (1 Sam. 1:3,21), para la purificación de un leproso (Lev. 14), para la purificación después del parto (Lev. 12), la consagración de un sacerdote (Lev. 8-9), para eximirse de un voto Nazareo (Núm. 6:13-21). Habían muchas ocasiones para el sacrificio.

¿Cuál era la razón para todos estos sacrificios? ¿Qué era lo fundamental? Lo fundamental es esto: estos sacrificios eran necesarios porque Dios quería vivir con su pueblo. De una u

otra manera, todos estos sacrificios contribuían a la presencia de Dios con Israel en el tabernáculo y posteriormente en el templo. Hay algunos rasgos comunes de los muchos sacrificios que Israel tenía que realizar que demandan nuestra atención.

La Vida está en la sangre

La primera característica es el derramamiento de sangre. ¿Cuál es exactamente el rol de la sangre como tal? Un pasaje muy importante para que entendamos esto es Levítico 17:10-13:

“Si cualquier varón de la casa de Israel, o de los extranjeros que moran entre ellos, comiere alguna sangre, yo pondré mi rostro contra la persona que comiere la sangre, y la cortaré de entre su pueblo. Porque la vida de la carne en su sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación de la persona. Por tanto, he dicho a los hijos de Israel: Ninguna persona de vosotros comerá sangre, ni el extranjero que mora entre vosotros comerá sangre. Y cualquier varón de los hijos de Israel, o de los extranjeros que moran entre ellos, que cazare animal o ave que sea de comer, derramará su sangre y la cubrirá con tierra.”

El versículo importante por ahora es el 11: “Porque la vida de la carne en su sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación de la persona.” Este mensaje se repite en el Antiguo Testamento, por ejemplo, en Levítico 19:26, Deuteronomio 12:23-25, Ezequiel 33:25. En Hebreos 9:22 leemos, “Y casi todo es purificado, según la ley, con sangre; y sin derramamiento de sangre no se hace remisión.” ¡Aquí está el evangelio! En vez de demandar la propia vida y sangre del hombre, Dios, sabiendo que el hombre no sería capaz de soportar de cargar su ira eterna, proveyó un sustituto de vida y sangre, un sustituto en la sangre de animal. El hombre ha pecado, pero la sangre de animal es sacrificada.

¿Cuál es el significado del pecado del hombre en este contexto? Al pecar, el hombre había perdido de Dios la vida perfecta que Dios una vez le había dado al hombre para ser vivida para la gloria del creador. Pero, al destruir esa vida perfecta, el hombre no podía ofrecer esa misma vida en santa obediencia. El no podía devolver esa vida a Dios en gratitud. Ni tampoco podía pagar por su pecado sufriendo el enojo divino. Sin embargo, la justicia de Dios tenía que satisfacerse. La regla de Dios es ojo por ojo, diente por diente, vida por vida (Éx. 21:23-25; cf. Gén. 9:6). Dios, por lo tanto, proveyó un sustituto en los sacrificios ordenados, un sustituto temporal, porque un animal difícilmente podía esperarse que pagara por el pecado del hombre. Todo es en anticipación de la venida de Cristo (cf. Rom. 3:25), porque Dios demanda la sangre de la vida del hombre de acuerdo a su justicia divina.

En vista de la función de la sangre de la expiación para expiar por Israel y hacer a este pueblo aceptable para Dios, y en vista del hecho de que la sangre señala a la vida de Cristo que Dios demanda, uno puede entender por qué Dios tan celosamente cercó con un seto el asunto de la sangre con ordenanzas y prohibiciones. Esto fue así desde el principio. Uno puede pensar aquí en Génesis 9:4, “Porque carne con su vida, que es su sangre, no comeréis.” El cuidado con el que Dios guardaba la sangre es evidente también de otros pasajes. Si alguien mataba un animal durante el viaje en el desierto rumbo a Canaán, ese animal tenía que ser presentado como una ofrenda al Señor porque la sangre había sido derramada (Lev. 17:1-9). La sangre, la vida, pertenecían a Dios. Similarmente, cualquier animal matado en cacería primero tenía que derramarse su sangre sobre la tierra

(Lev. 17:13). De este modo, la sangre era salvaguardada de la profanación. Por supuesto, nadie en Israel debía comer sangre (Lev. 17:12). Si uno la comía, lo haría solamente bajo pena de muerte (Lev. 17:14). Israel siempre tenía que ser consciente de lo preciosa que era la sangre para Dios. La sangre es la vida que Dios había demandado en su gracia como la expiación substitutiva para Israel. La sangre es la vida. La muerte resulta cuando pierdes tu sangre. La medicina moderna ha visto también cómo la vida de un cuerpo se lleva literalmente en la sangre. Dios demandaba esa sangre del animal muy celosamente para sí mismo y, de acuerdo a su misericordia y justicia, él la demandó como un sustituto hasta que el perfecto sacrificio debiera venir. No podemos ni siquiera imaginarnos cuántos sacrificios fueron ofrecidos durante la historia de Israel antes de la venida de Cristo, pero deja anonadada la imaginación; todo era para Dios y no era aún suficiente para cubrir justamente un solo pecado.

Debe notarse que también la prohibición de no tomar sangre separaba a Israel de las naciones de alrededor. Había una práctica idólatra de comer o beber la sangre de animales a fin de entrar en contacto con el reino invisible de los dioses y espíritus. De esta manera uno llegaría a ser mucho más poderoso, especialmente en batalla. El pueblo de Dios no debía inmiscuirse en tal actividad y también por esta razón ellos tenían prohibido beber la sangre (e.g., Lev. 7:26; cf. Zac. 9:7).²

Dejando el Antiguo Testamento atrás, ahora nos movemos al nuevo Testamento. Cuando nuestro Salvador fue crucificado en el Gólgota, *el* sacrificio fue ofrecido y *la* sangre fue derramada (Rom. 5:6-11). Como el Señor Jesús dijo en la última cena: “porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados” (Mat. 26:28). Con la crucifixión de Cristo, el pecado fue oficialmente expiado (cf. Rom. 3:25). La carta a los Hebreos está llena de este hecho central. Ver, por ejemplo, los pasajes bien conocidos de Hebreos 9:11-14, y 10:1-4, 11-14.

Y ahora, en vista del sacrificio perfecto de Cristo, la prohibición del Antiguo Testamento de no comer o beber sangre tiene que ser visto a la luz de las palabras de nuestro Señor en Juan 6. Jesús dijo, “De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros” (v. 53). ¿Se pueden imaginar lo que los Fariseos tuvieron que haber pensado? Ellos tuvieron que haber retrocedido llenos de horror. Después dijo,

“El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él” (Juan 6:54-56).

Incluso los discípulos tenían dificultad en aceptar estas palabras (Juan 6:60, 66), y para los judíos incrédulos eran palabras sacrílegas. Ellos conspirarían para matarlo. Como creyentes, hoy día podemos considerar estas palabras de nuestro Salvador también en el contexto del Antiguo Testamento, y comprender el privilegio singular que tenemos al ser capaces de participar en aquel único sacrificio de Cristo comiendo realmente su carne y bebiendo su sangre con la boca de la fe. (Comer y beber está dentro del contexto de la fe, Juan 6:35, 40). También es evidente para aquellos que conocían el Antiguo Testamento que la sangre es vida (Lev. 17:11). De esta manera, el significado de la palabra de Cristo

² Ver, e.g., B. Kedar-Kopfstein, en *TDOT* III, 246-247; Noordtzijs, *Leviticus* (Grand Rapids: Zondervan, 1982); W. R. Smith, *The Religion of the Semites* (New York: Meridan Books, 1956), 313, 338, 619.

es claro. La verdadera vida solamente se puede hallar en Cristo y por lo tanto uno tiene que apropiárselo. Porque Dios aún demanda la vida que él da, y él la da ahora en Cristo. A través del Espíritu de Cristo somos capaces de ofrecerle, como un sacrificio de gratitud, aquella vida perfecta dada en Cristo. Y así, en Cristo podemos cumplir la Ley.

Implicaciones para el día de hoy

Actualmente estamos en contra de la prohibición de comer sangre de manera diferente al pueblo de Israel. Ahora conocemos a Cristo. Pero, ¿qué tan distintamente vemos la prohibición de ingerir sangre? ¿Tenemos que guardar hoy la ordenanza de Levítico 17:10, 12 y Génesis 9:4? La mayoría de la gente responde negativamente, debido a que esto es parte de la sombra apuntando a Cristo. Estas prohibiciones estaban para recordarle al pueblo de Dios del cielo santo de Dios por la vida y la sangre. Dios tenía un derecho divino a ello en su justicia santa. Pero, después de la venida de Cristo, ya no importa.

Pero, ¿qué de Hechos 15? En Hechos 15 los Apóstoles decidieron, entre otras cosas, que la gente tenía “que abstenerse de las cosas sacrificadas a los ídolos, de sangre, de ahogado y de fornicación; de las cuales cosas si os guardareis, bien haréis” (15:29). ¿Qué significa esta regla? Quería decir que los creyentes gentiles tenían que romper completamente con el paganismo. Esa es la primera prohibición: “Abstenerse de lo sacrificado a los ídolos.” Pero, ¿qué de la segunda y tercera prohibiciones (abstenerse de sangre y de las cosas ahogadas)? Existen dos perspectivas básicas.

Algunos dicen que estas prohibiciones fueron añadidas para aplacar a los judíos. Después de todo, la prohibición sobre consumir sangre estaba muy profundamente arraigada en los judíos que simplemente no hubiera funcionado si a los cristianos gentiles se les hubiera permitido comer sangre mientras que los judíos cristianos aborrecían ese tipo de cosa.³ En este contexto, los principios de Romanos 14 son a menudo invocados. Allí leemos, “porque uno cree que se ha de comer de todo; otro, que es débil, come legumbres. El que come, no menosprecie al que no come, y el que no come, no juzgue al que come; porque Dios le ha recibido” (14:2-3). De esta manera, la segunda y tercera prohibiciones de Hechos 15 eran una especie de solución intermedia. Otro ejemplo de tal arreglo es dado en Hechos 21 donde Pablo se sometió a un ritual de purificación para no causar ofensa.⁴

Por otro lado, hay algo que decir también acerca de la necesidad de continuar obrando de acuerdo a la prohibición de consumir sangre hallada en Levítico 17 y Génesis 9. Se puede argumentar que aunque el significado simbólico de Levítico 17 ha sido cumplido en Cristo, sin embargo, hay algo más aquí. Hay también un respeto general por aquello que pertenece a Dios, a saber, la sangre—la vida. La vida es del Señor, también la de los animales; y, por lo tanto, este mandamiento de no comer sangre había sido dado a Noé dentro del contexto de proteger la vida del hombre y la sangre del hombre (Gén. 9:4, 6). Por esa razón, esta prohibición se aplica a todos los hombres en general. De este modo, la iglesia ha mantenido la prohibición de Hechos 15 para los cristianos gentiles. Parece no haber registro en ninguna parte en la historia de la iglesia de esta prohibición de haber sido abandonada. Hay, sin embargo, evidencia específica de Eusebio (*Historia Eclesiástica*, V.1,26) de que la prohibición era observada en 177 D.C. en el valle Rhone, y de Tertuliano (*Apología*, 9, 13) de que esta regla estaba en vigor en África del Norte a

³ Ver, e.g., S. G. de Graaf, *Promise and Deliverance IV* (Jordan Station, ON: Paideia Press, 1981), 199.

finales del siglo segundo. Cerca del fin del siglo IX el Rey Alfredo de Inglaterra incluso incluyó la prohibición de Hechos 15 en el preámbulo de su código legal.⁵ A la luz de estos argumentos, algunos creen que nosotros también tenemos que mantener esta prohibición.

De las dos opiniones, la que argumenta por la retención de la prohibición parece ser la más convincente. La prohibición ya se halla en Génesis 9:4 (“Pero carne con su vida, que es su sangre, no comeréis”). Ahora si relativizamos Génesis 9:4, ¿qué hay de las otras ordenanzas como se encuentran en Génesis 9:5-6 en las cuales Dios pide cuentas por el derramamiento de sangre? ¿Tenemos que decir también hoy que las palabras “el que derramare sangre de hombre, por el hombre su sangre será derramada” (v. 6) ya no se aplican más? Pero, ¿no fueron estas palabras pronunciadas como una regla general para toda la humanidad al ser dirigidas a Noé al principio del mundo post-diluviano? Similarmente, ¿las palabras “fructificaos y multiplicaos” no retienen su validez (vv. 1, 7; cf. Gén. 1:28)? De este modo, es difícil justificar la extracción de un versículo en relación a la sangre (v. 4) y decir que ya no tiene más poder vinculante, mientras que de las ordenanzas restantes se dice que sí retienen su fuerza.

En términos prácticos, las consecuencias reales de mantener la prohibición de comer sangre son limitadas. Lo anterior sirve solamente como una ilustración de enfocar la ley de Levítico hoy. En nuestra sociedad, prácticamente la sangre es drenada de toda la carne y se le inyectan conservadores. Sin embargo, desafortunadamente está llegando a ser más común leer reportes en los periódicos sobre beber sangre en los rituales satánicos.⁶ El satanismo está surgiendo y la prohibición de ingerir sangre se puede usar en su contra.

El uso de la sangre

¿De qué manera se usa la sangre al ofrecerse los sacrificios? Muy brevemente, en el caso del holocausto (Lev. 1:5, 11), la ofrenda de paz (Lev. 3:2, 8, 13), y la ofrenda de la culpa (Lev. 7:2), la sangre era salpicada o rociada sobre el altar.

En el caso de la ofrenda por el pecado, otros procedimientos eran seguidos y la sangre era tratada de manera diferente. Cuando un sacerdote había pecado, la sangre era rociada en frente del velo del santuario delante del Lugar Santísimo (Lev. 4:6), untada sobre los cuernos del altar del incienso (Lev. 4:7), y el resto de la sangre era rociada en la base del altar del holocausto (Lev. 4:7; ver también Éx. 29:12). La asociación cercana de la sangre “delante del Señor” (delante del velo) y los altares indica el significado expiatorio de la sangre (cf. Lev. 17:11; 9:9). Entonces, un sustituto o cubierta para el pecado se realizaba delante del Señor. Habían variaciones sobre lo anterior para el pecado de un israelita, un jefe, o toda la congregación (Lev. 4). En el Día de la Expiación, la sangre era en verdad rociada en el Lugar Santísimo, sobre el propiciatorio, cuando la expiación era hecha en este clímax del servicio de la reconciliación (Lev. 16). Como es claro de los pasajes referidos, era la responsabilidad de los sacerdotes usar la sangre para la reconciliación entre Dios y el hombre.

⁴ Para esta línea de razonamiento, ver, e.g., J. Calvin, *Genesis* (Grand Rapids: Eerdmans, 1948) 293-294; G. J. Wenham, *Leviticus* (NICOT; Grand Rapids: Eerdmans, 1979), 247.

⁵ Para estas y otras referencias, ver E. Haenchen, *The Acts of the Apostles* (Oxford: Blackwell, 1971), 471-472; F. F. Bruce, *The Book of the Acts* (NICNT; Grand Rapids: Eerdmans, 1954), 315-316.

⁶ Ver, e.g., J. Heerema, “Satanism: Kneeling at the Wrong Feet,” *The Banner*, Oct. 23, 1989, 6-7.

La sangre del pacto

En conclusión, debemos mencionar un punto adicional. El significado del derramamiento y el rociamiento de la sangre por medio de los sacerdotes en el tabernáculo puede verse muy claramente en la ceremonia de la ratificación del pacto realizada sólo una vez al pie del Monte Sinaí antes de que hubiera un tabernáculo.

Éxodo 24 relata cómo el pueblo respondió al pacto de Dios de una manera positiva. Ellos dijeron, “Haremos todas las palabras que Jehová ha dicho” (24:3). Entonces Moisés construyó un altar de doce columnas de acuerdo al número de las tribus de Israel (v. 4). Los sacrificios eran hechos. La sangre era derramada sobre el altar. Había expiación por los pecados. La sangre había sido derramada y aplicada al altar. Pero aún hay más. El libro del pacto es leído a los oídos de todo Israel y nuevamente ellos afirmaron su intención de obedecer. Entonces “Moisés tomó la sangre y roció sobre el pueblo, y dijo: He aquí la sangre del pacto que Jehová ha hecho con vosotros sobre todas estas cosas.” La sangre, probablemente diluida con agua y aplicada con una rama de hisopo, era dispersada sobre ellos. Intenten imaginarse debajo del Sinaí humeante, siendo parte del pueblo de Dios allí, presenciando la sangre siendo derramada sobre el altar, afirmando dos veces que harán lo que Dios dice y después se les aplica esa sangre al ser arrojada sobre la multitud. La expiación fue aplicada a Israel. Sus pecados fueron cubiertos y el pueblo fue considerado limpio. De esta manera, la lealtad que Israel juró al decir “sí” en la presencia de Dios fue un juramento de sangre.

Es también este mismo evento trascendental que se halla detrás de mucho del entendimiento del Nuevo Testamento sobre la sangre. Por ejemplo, la frase, “la sangre del pacto” se usó por Moisés en Éxodo 24 acerca de la sangre que él aplicó al pueblo. Esta frase, “la sangre del pacto,” ha sido cumplida en el propio sacrificio de Cristo. En la última Cena, al instituir la Cena del Señor, Jesús dijo, “Esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados” (Mat. 26:28; cf. Heb. 9:19-22; 10:29). Esta es la sangre del pacto. Cristo ha cumplido todos los sacrificios de la dispensación del Antiguo Testamento (cf. Heb. 9:23-28).

Este cumplimiento significa que hemos sido rociados con la sangre de Cristo en vez de la sangre de los animales. Pedro puede, por lo tanto, escribir acerca de ser “rociados con la sangre de Jesucristo.” En el contexto escribe: “elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo: gracia y paz os sean multiplicadas” (1 Ped. 1:2). “Ser rociados con la sangre de Jesucristo.” Esas palabras nos transportan a Éxodo 24 y la aplicación de la sangre del pacto. ¡Cuánto más rica es la iglesia del Nuevo Testamento comparada con aquellos al pie del monte Sinaí ese día! “Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?” (Heb. 9:13-14; cf. 19-21). En verdad, la sangre de Cristo es la “sangre rociada que habla mejor que la de Abel” (Heb. 12:24).